

ENTREVISTA

INICIACIÓN A LA VIDA BAJO LA DICTADURA: ENTREVISTA CON UNA ESPAÑOLA

CHERYL M. STRAND
Western Oregon University

«Nos enseñaban... a representar. No a ser» (Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española* 64).

Esta entrevista nació de mi curiosidad por saber cómo era la vida de una joven española en la dictadura franquista. En mis primeras experiencias en España en los años sesenta, no llegué a comprender las razones por las cuales me era difícil a mí, una joven norteamericana, acercarme a una española. Hace unos meses tuve la oportunidad de entrevistar a una mujer que nació, se crió, y llegó a ser mujer en los años de la dictadura. La voy a llamar «Ana.»

Ana es una mujer alta y esbelta con una presencia atractiva que vive sola en un barrio central de la ciudad. Trabaja para un programa educativo internacional en el cual se aprovecha de su sentido de humor y su don de hablar para superar cualquier barrera lingüística que pudiera existir entre ella y los jóvenes extranjeros.

Le cuesta hablar de los tristes entornos de su niñez («yo lo tengo todo muy olvidado»), pero quiere que yo de veras comprenda cómo ha sido su vida y cómo tuvo que superarse para salir del ambiente asfixiante que quisiera olvidar. He aquí su historia:

C: Lo que me sorprendió la primera vez que viví en España, que debía de ser 1964, fue la ausencia de mujeres en las calles, en los bares, en la universidad incluso. Háblame de este fenómeno.

A: En realidad, ahora que me lo preguntas es la primera vez que lo he pensado. Todo era porque las mujeres estábamos en un punto

en que no teníamos muchas opciones. Los estudios eran para los chicos, y cuando no había posibilidad de estudiar, los trabajos también. Las chicas tendríamos que ser un poco detrás de los hombres en apariencia, en decencia, y la que se destacaba un poquito, quizás se le consideraba un poco fuera de lugar. No teníamos todas las opciones que la mujer pudiera haber tenido para desarrollarse, pero era el sistema. «La mujer,» como decían los de antes y algunos ahora también, «la mujer en casa con la pata quebrada.»

C: ¿Tu madre y tus tías se conformaron con el papel que les tocó en los años de tu niñez, o se quejaban a veces?

A: Estaban totalmente conformes... o sea, no pensaban que pudieran hacer cosas que no sabían ni que existían. Ellas tenían que llevar sus casas, a sus hijos, sus comidas, su limpieza, y de noche y de día. ¡Y no había más! No había otra opción para la mujer de la clase económicamente débil. Ni tenían mando del dinero, con raras excepciones. Ni podían decidirse a comprar algo por su cuenta, porque siempre había que decirlo [al esposo]. ¡Vamos! Estaban conformes porque no conocían otra cosa. Había mujeres valientes, que trabajaban como leonas sin que a nadie le importara. Lo hacían porque tenían que hacerlo para sacar su casa adelante, pero no le importaba a nadie.

C: Cuéntame de tu experiencia en el preventorio. ¿Cuándo te llevaron allí? ¿Cuántos años tenías?

A: Pues en aquel año yo tenía nueve años y como era de familia pobre y yo mala comedora, pues resulta que estaba como débil, como desnutrida. Entonces, ese sistema franquista había hecho algunas cosas para los niños españoles. Todo era dirigido por la Falange. Y me mandaron a la Sierra de Guadarrama, donde había un preventorio, donde no había niños enfermos, sino niños débiles. Allí estuve tres meses, en donde yo estaba de cine, estaba estupendamente, estaba contentísima porque tenía de todo.

C: Porque allí tenías más comida...

A: Yo creo que no era por la comida, porque de la comida no me acuerdo. Era por el entorno de convivencia con otros niños, de que todos íbamos vestidos muy bien, de que teníamos unas habitaciones bonitas... o sea, era un entorno que era más agradable que el mío. Incluso, tuve una infección del dedo y me sacaron la uña, y no importaba. Lloraban otros niños porque se querían ir a su casa, pero yo no lloraba. Yo estaba muy contenta. Estuve tres meses, me hubiese gustado estar otros tres. Y luego cuando volví

a mi casa, pues yo no sé, pesaría diez kilos más. Y ya estaba derecha, porque cuando entré, estaba doblada totalmente.

C: Pues tuviste suerte de que te mandaran allí.

A: Sí, había muchas familias pobres que no se beneficiaron de las instituciones como ésta, y de eso tampoco había derecho. Mi abuela tenía un familiar que trabajaba en uno de esos centros oficiales donde se preparaban estas cosas, y mediante su recomendación nos enteramos. A lo mejor no hubiese sido así si hubiesen investigado a mi padre, que no comulgaba con ellos [los falangistas].

C: Una vez me dijiste que fue un tipo de rebeldía pasiva el no comer en casa.

A: No comía, porque no comía. Yo creo que era porque no estaba muy conforme con el entorno en el que vivía. Esto lo pienso ahora, ¿eh? De niña, no pensaba en esos términos. Lo he pensado muchas veces y creo que no debería haber nacido. Era una época en que no tendría que haber vivido.

C: Una época muy difícil...

A: Sí, poco grata y poco... Es que éramos unos niños que nacíamos, crecíamos malamente, e íbamos a trabajar, sin pensar que teníamos otras opciones como la universidad u otros centros de preparación. Tampoco te podías dedicar a eso, porque tenías que trabajar para ingresar dinero. Estábamos tres trabajando [en mi familia] y el dinero no llegaba a ningún sitio.

C: Con lo que sufriste tú en la niñez, debe haber mucha diferencia entre tu vida y la de tu hija.

A: ¡Total! Una diferencia total. Son dos mundos. Ella lo ha tenido todo... ¡y más! Lo que hubiese querido estudiar, lo que hubiese querido hacer, ¡todo! En ropa, en que la escuchen, ¡en todo! Vamos, todo el apoyo de su casa para todo. Todo lo contrario a lo mío. Lo mío fui yo misma—nada más. No tenía mi madre preparación tampoco para poder actuar de apoyo. Es verdad que estaba constantemente preparando la comida, pero eso era lo superficial. Lo interior, no. Tampoco se puede culpar a nadie.

C: Hay quien dice que se creó un abismo entre los hombres y las mujeres durante la dictadura cuando se abolió la educación mixta, que los chicos y las chicas se desconocían.

A: Totalmente. Totalmente, porque las escuelas eran separadas, y luego los niños tenían más derechos. A los niños se les daba más información, incluso en casa. Les van inculcando que son ellos los que tienen que prepararse para ganar un buen sueldo. Si se casa-

ban, eran ellos los amos, los que tenían que llevar la casa adelante. No pensaban que la mujer también fuera capaz de hacerlo.

C: Parece una paradoja. Las mujeres se criaron para apoyar y cuidar a los hombres, pero si se desconocían los hombres y las mujeres, debe haber sido difícil.

A: Difícil, que todavía hay casos [de violencia]. Todavía hay casos porque un hombre cuando llegaba a casa y no tenía la comida, pues podía organizar una guerra. A lo mejor estaba él todo el día de más, quiero decir, un domingo cuando no trabajaba, pero igual tenía que tener la mujer delante. Cuando se armaba el escándalo, podía darle a la mujer un bofetón. No fue nuestro caso, porque mi padre no era así, pero muchos hombres sí.

C: Debía haber creado desconfianza entre los hombres y las mujeres el hecho de que no se conocieran. Se desarrollaron de manera distinta.

A: Conocerse, no. En los años 40, los 50, los novios tenían que llevar a otra persona con ellos cuando salían juntos. No podían conversar de cosas que pudieran parecer íntimas, pero no lo son, porque son cosas normales y corrientes. ¿Conocerse? ¡No! Llegaban así a la casa y no se conocían, y después tampoco.

C: ¿Después tampoco?

A: No te hablo de lo mío. Te hablo de los anteriores. Porque [el marido] se iba a su trabajo, después del trabajo se iba a un bar, no todos, pero muchos. Al llegar a casa, se le ponía la comida, se oía la radio o lo que fuera, se acostaba, y ya está. Poca conversación. Poca comunicación. No sé quién tenía la culpa de eso.

C: ¿Tenías dificultades en comunicarte con los chicos cuando tenías 16, 17 años?

A: ¡Yo, sí! Yo, sí. Yo, sí, porque me parecía que si me hablara un chico, estaba mal hecho. Que mi padre me podía reñir por eso o por lo que la gente podía pensar si yo hablara con éste, con ése, o con aquél, aunque simplemente me hablara del tiempo o de una película. Ha sido todo por... ¡me echo yo la culpa! No querías que nadie pensara que fueras «fácil» por hablar simplemente de cualquier cosa durante tres minutos, pues no. Yo huía de ellos.

C: No tienes la culpa tú si te criaron así.

A: Yo no quería dar oportunidad a mi padre que preguntara, «¿qué te ha dicho? ¿Qué te ha preguntado?» Yo no quería.

C: ¿Cuál era tu papel en la sociedad tal como lo veías? ¿Qué esperabas de la vida?

A: Esperaba mucho, pero no tenía apoyo, como la mayoría. Ya te digo que yo empecé a trabajar a los catorce años, pero en cosas que a mí no me gustaban como en una empresa de trajes militares. Yo ahí no me encontraba bien y busqué algo mejor. Tenía un familiar que trabajaba en la casa de un Conde. Pues le pedí la recomendación al Conde, fijate, para entrar de obrera en una fábrica. Estaba muy contenta, pero luego vi que eso tampoco me iba, porque era un número en una cadena. No era nadie. Me puse a estudiar un poco por mi parte también. Estudiaba por la noche y me levantaba a las seis y media o las siete de la mañana, que era cuando me iba a trabajar. Me dije, «me voy a la encargada de la planta y voy a solicitar otra cosa.» Y así lo hice con mucho sufrimiento pero lo hice. Y me mandaron a la central. Ahí, sí, estuve feliz, porque allí empecé a escalar puestos por mi propia lucha, te digo sin el apoyo de nadie. Como se puede decir, «esa se ha subido porque se ha ido con el jefe», tenía que guardar las apariencias de [ser] muy digna, muy decente, muy valiente, sobretodo no ser ninguna víctima. Tuve que escalar sola, y lo conseguí.

C: Eso es lo que querías decir cuando me dijiste que tenías que hacerte valer.

A: Eso.

C: ¿Qué estudiabas por la noche?

A: Nada. Para mí, era mucho. Eran como cursos de administración, contabilidad, taquigrafía, era un secretariado «a lo pobre.» No era impresionante. Era como pequeños conocimientos de todo. Yo lo hacía más importante. Yo siempre me fijaba en lo que se hacía en la empresa. Nunca había estudiado archivo general, y el archivo general lo hacía yo de cine. Y luego con los jefes también, lo que me gustaba era hacerme valer, darme más importancia. Había otras que tenían el mismo puesto que yo y allí se quedaron, porque seguían siendo humildes. Y eso es lo que yo no quería.

C: ¿Por qué crees que tú te respetabas más?

A: Yo no sé, quizás porque yo lo tenía muy metido aquí y no porque quisiera yo respetarme más que a los demás. Era mi condición como lo es ahora. Yo voy por la calle y si alguien me dice algo que está un poco malo, en ese momento le paro. Es cosa mía, quizás. Fue una época que yo la hice para mí, dentro del trabajo, bonita porque conseguía lo que yo pretendía. Luego, fuera del trabajo, no me gustaba lo que vivía.

C: Me has contado que tu padre te vigilaba mucho. Cuéntame un poco más de cómo y por qué te vigilaba tanto.

A: Sí, me controlaba mucho, y yo no le daba motivos. Quería que su hija estuviese en casa y que no fuera con nadie. Yo no sé de dónde saqué la educación, porque no la he vivido. A lo mejor me lo enseñaban sin que yo me diera cuenta—lo de no hacer escándalo por la calle, ser discreta, ser educada. Desde los siete u ocho años, no me iba con las chicas que yo veía como sucias o mal educadas, que jugaban con los chicos o entre ellas. Yo era siempre como una... estampa, como una figura de cera. Eso es lo que recuerdo de mí, que siempre estaba guardando las formas.

C: Pero eso quería tu padre, ¿no? ¿Que guardaras tu papel?

A: Yo no sé, porque no me lo decía. Como yo sólo iba de mi casa al colegio y del colegio a casa, no tenía ni qué decirme. El sabía que conmigo nunca había ningún problema. Pero el ser así quita libertad. Tú misma te quitas la libertad, libertad de llegar un poco tarde, libertad de vestirte de diferente manera, libertad de mirar a un chico porque lo miras —¡todas las libertades!

C: ¿No participaste nunca en ninguna actividad que no le gustara a tu padre?

A: Colaboraba en sitios que consideraba de valor moral, como la gimnasia. Yo hacía de gimnasta en una demostración sindical. Fíjate, eso lo hacía porque me gustaba, y porque los demás algo iban a ver que yo hacía bien. ¿Te das cuenta? Yo no hacía lo que no estaba bien, pero sí lo que estaba bien. Le dije a mi padre, «no me dejas tú porque la demostración sindical es delante de Franco.»

C: ¿Eso era cuando trabajabas?

A: Sí, dentro de la empresa. Como era una demostración ante «el mundo entero» que me parecía España, allí me crecía. Allí me rebelé contra mi padre cuando no me hubiese rebelado por jugar en la calle, pero ante eso, sí, porque era una cosa buena a la vista de los demás. Era una demostración que yo era capaz de hacer eso, ¡y mejor que nadie!

C: ¿Cómo conociste a tu marido?

A: La casa de mis padres estaba cerca de una avenida con un colegio buenísimo de los militares. Era huérfano de un militar y hacía el bachillerato allí. Le conocí en el año 1963. Luego asistió a la escuela superior de peritos, los que se llaman ahora ingenieros técnicos. Todo su entorno era todo el contrario al mío.

C: Tenías sólo quince años. ¿No te sentías un poco enajenada a veces?

A: No, no. (Se ríe.) Mi suegra me aceptó. Ahora me dice, «¡Qué valiente fuiste!»

Si no hubiese sido valiente ante lo que tuve que enfrentarme, no habría llegado a nada. Con ellos siempre he sido igual. El otro día estaba mi cuñada con mi suegra en la finca. Mi suegra la llevó a merendar y le digo, «siempre ha habido clases, ¿eh? Ya se sabe quién es la hija y quién es la nuera, porque a mí nunca me has llevado a merendar.» Y me dice, «Por Dios!» «Ni por Dios ni por la Virgen,» le digo. Y por eso me quiere mi suegra, porque sabe que no me callo estas cosas. Por eso podemos entendernos. Mis hermanos a mí me pueden llamar «facha» [facista]. Es mentira. Es que lo tenía que hacer todo perfecto para mis hijos, y ellos me critican por eso. Pero no importa. [Mis hijos] saben lo que tienen que hacer en cualquier caso, y con eso pueden ir adonde quieran. Con una buena formación cultural, en general, pueden comerse el mundo. Con dinero y sin formación, es más difícil. Tendrán los principios morales de ser humano. Lo importante es saber cómo respetar a las personas, cómo tratar a los animales, cómo cuidar la naturaleza. Tienen que respetar a sus semejantes, que ya es bastante. Eso es lo que hubiese querido tener yo.

C: Un día me contaste de la visita a la casa de tu novio poco antes de casarte.

A: (Se ríe.) Aquello fue una tragedia desde principio, una tragedia porque estuve un año convenciendo a mi padre, ¡un año, que ya está bien! Incluso llamó a la madre del novio, para decirle que era de una casa de bien y que por favor que me dejara. Le dijo a mi madre que le convenciera. Tampoco pudo. Llegó ese día y consideré que tenía que ir. Le dije que me iba a mi padre, cara a cara. Me dijo, «no se te ocurra irte.» Le dije, «sí, me voy a ir. Sé lo que hago y estoy muy preparada para ir a cualquier sitio.» Y me dijo, «Pues si te vas, no vuelvas.» Y yo le dije, «bien.» Y me fui. Pero me fui incómoda. Le dije, «yo sé lo que estás pensando tú, que yo te voy a jugar una mala pasada.» Pensaba que yo podía quedarme embarazada, fíjate. No me lo dijo nunca, pero yo lo sabía.

C: ¿Estás segura que tu padre no se preocupaba más por las apariencias, por el «qué dirán» que por lo que pudiera pasar?

A: El pensaba que me iba con un chico, y no me iba con un chico. Fui a la casa, dormí en la habitación de mi suegra. Mi suegra, cuando se iba a trabajar, le mandaba a su hijo a otro sitio. No hacía falta que nadie me vigilara. Yo sabía lo que tenía

que hacer. Le dije a mi padre, «Piensa que he de volver como voy, igual.» Pero siempre dijo que no, hasta el final. No pensaba que yo fuera capaz de pensar y de saber lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y cuando volví, nadie me dijo nada.

C: ¿Y tus hermanos? ¿Tu padre vigilaba lo que hacían ellos?

A: A los chicos cuando entraban en la mili, mi padre les daba un cigarro y ya podían salir y entrar en casa cuando querían.

C: Un profesor francés, Paul Werrie, que vivió muchos años en España, observó una extraña «mutación genética» en los españoles: aprendieron a tocar con la mirada en tiempos de Franco (Torres 61). Tú, que eres una mujer muy guapa, debes haber notado esa mirada táctil.

A: Sí. Pero como te tienes que proteger de todo... pero es verdad que aprendíamos mucho sin hablar porque teníamos que estudiar las reacciones de los demás. Yo no he tratado con un chico nunca. No he tenido más que mi novio, y me casé con él. Y era todo por eso. Yo no podía pasear con un chico... Había chicas tan buenas y decentes como cualquiera que lo hacían. Pues, yo no sé por qué yo no lo hacía.

C: Tal vez se pensaba mal de ellas.

A: Pero, no totalmente. No totalmente. Ya en mi época había chicas que tenían un poco más de libertad. Nadie hablaba mal de ellas. Depende del nivel de cultura. La gente más preparada se modernizaba más rápido. A mí no me tenían que llamar la atención por nada. Es que no hacía nada malo. A mí no me tenían que decir nada. ¡La rabia que me da!

C: Era una época bastante cerrada. Me acuerdo de la España de los años sesenta. Yo era de un pueblo muy conservador, pero no estaba preparada para tantas restricciones. Estaba prohibido besarse en público. Las españolas no llevaban biquini en la playa.

A: Yo en Madrid iba a la piscina femenina, que también era el sistema, y allí sí podíamos llevar bañador o biquini. ¡Tienes razón! ¿Por qué yo no iba a la piscina nunca con chicos?

C: ¿Y a la playa tampoco?

A: No fui a la playa hasta que me casé. No fui a ningún sitio sola. Mis padres no iban. Yo me limitaba a la piscina de las chicas, que era muy buena piscina. Una puerta enfrente de otra... ¡con las piscinas separadas!

C: También hubo una época, los años cuarenta, en que se se-

paraban los hombres y las mujeres en la playa por una valla de alambre (Torres 44).

A: Yo no lo he vivido, pero seguramente. Seguramente. Las mujeres iban hasta con faldas a la playa. Los he visto en la misma playa, pero las mujeres vestidas.

C: Quisiera hablar un poco de la desconexión que había entre tu idea de la mujer ideal cuando eras joven y lo que tenías que vivir de verdad. Eso nos pasa a todas, a las mujeres de otras partes también, pero quizás más a las españolas en la dictadura.

A: La mujer ideal era una mujer muy valiente, con mando, muy elegante, que podía decidir, sobretodo, su presencia. Su presencia llama la atención en una mujer elegante. Las he conocido donde he trabajado. Había mujeres muy importantes, universitarias que eran diferentes totalmente. Eran unas señoras elegantísimas, con mucha clase, que podían pelear, en el sentido del trabajo, con cualquiera. Veía cómo andaban, cómo se movían, cómo se llevaban su trabajo, cómo llevaban su despacho, cómo discutían un tema de la empresa. Así era mi mujer ideal.

C: ¿Y tratabas de seguir ese modelo?

A: Sí.

C: Me acuerdo que la primera vez que viví en España, de estudiante en Valencia, que si me vestía de manera distinta de las españolas, los chicos me seguían por la calle y no me dejaban en paz. Bajé a la calle en pantalones una vez. Fue un escándalo, y tuve que subir rápidamente a ponerme una falda. Me acuerdo bien del ambiente, de no poder hacer nada que llamara la atención.

A: Esa época, ¿qué sería, los años sesenta? En esa época me ponía pantalones cuando iba a la sierra a pasar el día. Y luego en un guateque, una fiesta en casa de alguna amiga con un tocadiscos y refrescos. Chicos y chicas de 17, 16, 15 años con los padres. Pues, esa era la única diversión que había y que estaba permitida, claro, sin alcohol y no solos. ¡Con los padres allí por medio! Pero es verdad que lo de los pantalones era difícil. Ahora no me quito los pantalones para nada y entonces llevaba faldas, ¡y por debajo de la rodilla!

C: En el año 1939 se establecieron las Normas de Decencia Cristiana que dictó el largo de las mangas y las faldas (Torres 75-76). ¿Lo sabías?

A: No, pero como era todo así, por hecho. Había censura en el teatro, actrices que les hacían cerrarse los escotes y decir lo que

ellos querían que dijeran. No me extraña que el largo de la falda lo pusieran ellos. Simplemente te acostumbrabas a lo que había.

C: La percepción de la mujer extranjera era de mujer fácil, promiscua. Esa imagen no me permitió de joven desarrollar una amistad verdadera con las españolas.

A: No me extraña. La extranjera, por ejemplo, que era una buena chica, pero hablaba con los chicos o iba a sitios con ellos, a una cafetería o a la playa, nosotras... no es que no la consideráramos buena, pero los hombres alardeaban tanto de conquistar a las chicas extranjeras que las demás pensamos que eran menos buenas, no porque nosotras viésemos nada malo. Yo trabajaba con extranjeras. Es verdad que eran mucho más liberales que nosotras, pero no he visto nada malo.

C: Me acuerdo cuando estuvimos mi compañera de cuarto y yo en Valencia, que nos echaban la culpa de mucho que no tenía nada que ver con nosotras.

A: Seguro.

C: No sabía qué tenía que hacer para ganar el respeto, porque era casi imposible.

A: Sí. Tendrías que convertirte en una de nosotras.

C: Veo que la moral católica franquista nos perjudicó a las dos.

A: Eso hacía muchísimo, pero no en mi casa. Mi padre trataba de resistir. No se practicaba ni se hablaba de eso. Y si se hablaba, era para atacarla. Se hacía caso a eso en las casas un poco más ricas donde empleaban la moral cristiana y mal empleada.

C: Lo que vivían los otros, tendrías que vivir de manera parecida.

A: Sí, guardar las formas, y portarte bien, porque tenías que ser buena. Si esa es la moral cristiana, pues entraba, aunque fuera de repilón. Te advierto que en mi casa no se tenía que ser buena por ser cristiana, sino por ser persona. Por persona, no por cristiana. Mi familia no se relacionaba con la iglesia, yo sí, y me salpicaba, pero no por rezar, sino porque me gustaba la gente que yo conocí. Fue donde aprendí lo de la contabilidad y la administración. Aquella era monja, la que me enseñaba. Nos llevábamos de maravilla si no se hablaba de religión. Me llevaron al colegio a los tres años que era del sistema. Allí aprendí muchísimo. Luego fui a un colegio de Madrid tristemente para mí, porque no era lo que yo tenía en mente por los tristes entornos de los que hemos venido hablando. Las clases se daban en un habitáculo, una cosa

pequeña y pobre y pobre y pobre. Luego fui a un colegio de monjas que estaba un poco retirado donde no tenía que llevar la comida. Hay mucha gente de mi edad que reniega de la enseñanza católica. Yo no. Yo fui feliz con ellos. A mí los profesores que he tenido me han gustado. No me acuerdo que me trataran de inculcar y lo hacían porque tenías que rezar continuamente. Tampoco me convencieron de nada, por mucho que rezara. Ya sabía yo lo que tenía que pensar. Si yo veo una persona, sea cura, sea comunista, sea lo que sea, y si es buena esa persona, no importa lo que tenga a su alrededor. Por eso no pudieron conmigo. Me gustaba el ambiente, me gustaba la educación que daban, me gustaba lo que cantábamos. Yo no sé si sería por llevar la contraria a mi padre, que yo no puedo renegar de ellos.

C: ¿Había conflictos en casa cuando estabas en el colegio de monjas?

A: Yo no recuerdo que mi padre dijera nada. Opinaba mi padre más bien por escuchar algo en la radio o por su lucha sindical para que supiéramos lo que pasaba, pero yo no lo quería oír. No eran momentos agradables. Mi padre no lo hacía con tranquilidad, explicándote por qué. Lo hacía dando voces y llamándoles unos «asesinos.» Quizás si lo hubiese hecho de otra manera.... De verdad tenía motivos por luchar contra aquello.

C: Cuando dices que tu padre luchaba contra el sistema, ¿en qué sentido luchaba?

A: Luchaba por tener sindicatos libres. Luchaba para que el sindicato no mirara por el patrón, que mirara por los obreros, que vivían miserablemente. Luchaba por un bien común y él consideraba que todo el mundo tenía derecho a un buen sueldo y a tener la oportunidad de vivir dignamente. Eso lo defendía mi padre a escondidas. Peligroso por el día. Nunca lo consiguió porque el poder es el dinero, el poder es el poderoso. Los pobres no tenían ningún poder ni lo tendrían nunca, pero ahora sí, un poco más. Peligrosamente vivía en esa época de la historia. Y peligrosamente vivía un catedrático de historia. Había muchos intelectuales unidos a los obreros a escondidas. Yo pertenecía a ese sindicato y dentro del sindicato hacía lo que mi padre quería, no porque mi padre me lo dijera. Yo luchaba por el miserable, por el pobre. Venían a la recepción estudiantes universitarios de medicina. Algunos estudiantes universitarios de medicina se unían a los obreros, y algunos de estos estudiantes eran muy pobres. Entonces

preguntaban si podían conseguir algún medicamento gratis para su familia. Era yo la que se lo proporcionaba. Preguntaban, «¿Puedo venir otro día?» «Sí,» les dije, «pero te diriges a mí, ya te lo tendré en algún sitio escondido para dártelo.» Estaba prohibido dárselo a los del primer y segundo año, y quizá del tercero. Sí se lo daban a los del cuarto y quinto año, pero si te llegaba un pobrecito del primer año, ¿qué le voy a decir? ¿Que no, cuando lo tenía en un cajón y se lo podía conseguir? Pues se lo daba. Era atrevido, porque discutía con los del sindicato yo. Mi padre decía que todos tenían derecho a todo, el que estudia como el que no estudia y el que no tenía la oportunidad.

C: ¿Cuál era el sindicato?

A: El sindicato amarillo, del franquismo. Imposible que hubiera otro. Era sindicato de patrón, muy limitado. Se conseguía algo, pero poco. Eso me inculcó mi padre sin querer. Mi padre siempre lo decía a voces, que todo el mundo tenía los mismos derechos.

Eramos tres hermanos y mi padre trabajando, y no llegaba el dinero ni al principio del mes. Eran unos sueldos indignos, horrosamente pequeños y trabajabas ocho horas, ¡o catorce! Mi hermano mayor lo pasó muy mal. Con unos diez años se iba de madrugada a la Plaza Mayor de Madrid a vender periódicos, muriéndose de frío y de inanición—de todo, ¡vamos! Aquella época fue muy mala.

C: ¿En qué año naciste tú?

A: En el 48. Mi padre tenía 25 años.

C: ¿Participó en la guerra?

A: No, porque era menor. Lo pasó muy mal. No tenía ni para llevarse a la boca, ni un nabo. Por eso iban al campo a levantar tierra para sacarle raíces para poder comer. Mi padre las pasó muy mal, muy mal.

C: Pues, con razón gritaba.

A: Tenía motivos. Todos. Igual que mi suegra, que era una niña rica y tenía todo a su favor. También habla, pero todo al contrario. Habla contra los que defendían a mi padre. Le matan al profesor de francés. Matan a un rico amigo de su padre. Cuando entraron los que llamaban «rojos» [los Republicanos] en un pueblo, mataban a los ricos y a los curas. Pero salvaron a otros curas, porque los consideraban buenas personas. Es lógico que ella hable así, pero los podía disculpar porque cuando entraban los nacionales, hacían lo mismo. Mataban a los que les habían elimi-

nado a ellos o a los que defendían libertades. Y la vida ha sido... pero yo lo tengo muy olvidado. Yo lo tengo muy olvidado.

C: ¿Puedes pensar en un momento en el que te diste cuenta de que todo había cambiado mucho?

A: Pues, para mí cambió muchísimo [al mudarnos de casa]. Yo vivía en una casa en un barrio donde vive mi madre ahora, pero era una casa que era como un patio... Era una habitación, había otra habitación más pequeña que era la cocina, donde había una cocinita de carbón y allí salía por la noche una camita pequeñita para mi hermano. No tenía baño. Eramos mis padres, mi hermano mayor, y yo. Eso para mí era horroroso. No se lo dije a mi padre nunca, pero era horroroso. Pero el año que yo tenía trece, fuimos al piso donde está mi madre ahora. Para mí, ¡cambió hasta la luz! Yo iba a tener mi habitación. Tenía derecho a eso. Todo cambió, hasta la luz. ¡Hasta la luz! Mi padre estaba en los sindicatos, pero los sindicatos eran de los malos, porque todos eran de Franco. Allí mi padre trabajó. La casa era una condición, porque no tenía dinero para comprar una casa. Le pagaban muy poco, muy poco, muy poco. Mientras se hacía la casa, nosotros no comíamos. Yo me iba todos los días con mi hermano pequeño a ver cada ladrillo mientras se construía. La casa era como grandísima. La sensación que yo tenía, de que yo iba a tener una habitación era de las más bellas. Otro momento era cuando entré en una buena empresa, como entré. Mis grandes satisfacciones eran esas.

C: Tus mejores recuerdos eran cuando te alejabas un poco de casa.

A: Te digo que no he tenido nunca malos tratos, jamás, jamás. Sólo que no tenía quién me comprendiera, quién me escuchara. No te iban a comprender. No sé qué culpa tenían de eso. Ninguna.

C: Debían haberse preocupado por los hijos mucho.

A: Muchísimo, muchísimo. De que estuviéramos bien, de que comiéramos. Eso, siempre. Me refiero a lo que llevabas dentro.

C: ¿Con quién podías hablar de niña, con tu abuela?

A: Mi abuela era la más liberal. Seguramente le preguntaría cosas, pero no...

C: ¿De tus sentimientos?

A: Eso sí que no. ¿Con quién ibas a hablar? No he hablado con nadie hasta hace cuatro días, es decir recientemente, y no con cualquiera. Me habría gustado tener otra vida, pero ésta he sido yo.

C: ¿Cómo llegaste a ser la mujer que veo sentada aquí delante de mí? ¿Cuál ha sido tu lucha más difícil?

A: Tuve que superarme, porque tuve que superarme ante los ojos de los demás. Era para saber yo quién era, porque otros pasaban y ni se enteraban—mostrarles que yo era exactamente quién era, que yo era cómo era, que podía ser tan importante como ellos en lo que yo estaba haciendo. No me veía nadie. Estaba allí, pero no me veía nadie. Yo he tenido que salir. No me gustaba lo que me rodeaba y tenía que luchar para salir de ello. Ha sido esta la lucha que he tenido en mi interior.

* * *

Tanto en la voz como en las palabras escuché el aislamiento, las privaciones, y la desilusión en las respuestas de Ana. Siendo profesora de literatura, no pude dejar de ver las comparaciones sugeridas entre sus descripciones y las de Andrea y Natalia—protagonistas imaginadas por Carmen Laforet (*Nada*) y Mercè Rodoreda (*La Plaza del Diamante*) que «vivieron» su juventud en esta época. La ausencia emocional de la madre de Ana nos recuerda el hecho de que muchas jóvenes literarias de la posguerra se presentan como huérfanas. Incluso la estructura sintáctica de las descripciones con su repetición y polisíndeton («y pobre y pobre y pobre») se parece un poco al estilo de la narración de Natalia del baile en la *Plaza del Diamante*. Sin embargo, el testimonio de Ana revela una realidad más compleja que las imaginadas, con ambigüedades, contradicciones, y paradojas características de cualquier lucha humana. De la misma manera en que las casas editoriales se censuraban para evitar las posibles consecuencias de publicar algo ofensivo al régimen, las mujeres se criaban censurándose ellas mismas su apariencia, su sexualidad, y su comportamiento ante exigencias sociales y familiares. Y sin embargo se ve en el caso de Ana y en el de muchas otras mujeres una iniciativa propia que el sistema franquista no les podía quitar. Hoy en día las mujeres de esta generación viven al lado de sus hijas y sus nietas—las generaciones más jóvenes que han gozado toda la libertad, la oportunidad, y la prosperidad de la democracia que siguió a la dictadura.